

a comienzos de abril. Los países de Europa del Este compran el 24% de la producción petrolera y de gas natural ruso, pero otro 24% va a Alemania, motivo por el que el próximo reto de Obama será convencer a la canciller Angela Merkel para que venza su reticencia a las sanciones comerciales con las que amenaza a Rusia. Kerry dijo estar convencido de que la líder europea se sumará a las medidas, y el resto de los aliados del Viejo Continente «no tendrán más remedio».

Prueba de liderazgo

Por su parte, los congresistas estadounidenses que aún tienen que aprobar la ayuda ofrecida ayer a Ucrania ven esas negociaciones como una prueba del liderazgo de EE UU que estos días echaban en falta. De momento, los legisladores dicen estar dispuestos a dar luz verde a esas partidas y también incluso a las sanciones, aunque el líder demócrata del Senado, Harry Reid, cree preferible no adelantarse a los europeos, que son los que mantienen más relevantes relaciones comerciales con Rusia. La insólita unidad de republicanos y demócratas radica en la falta de apetito por una nueva guerra, cuando aún se intenta acabar con la de Afganistán. «Tenemos muchas opciones pero ninguno quiere una escalada hasta un lugar del que luego sea muy difícil salir», reconoció Kerry.

El paquete de ayuda estadounidense incluye también asistencia técnica para organizar elecciones «fuertes, robustas y legítimas, para que no queden dudas de que es el pueblo de Ucrania el que se gobierna a sí mismo», dijo Obama.

Si a Kerry las declaraciones de Putin le cogieron fuera de juego por la calle Institutska («¿De verdad ha dicho que no hay tropas rusas en Crimea?», se sorprendió a pregunta de una periodista), Obama se hizo eco de que el presidente ruso «está haciendo una pausa y reflexionando», interpretó. «Y ahí quiero observar que hay quien cree que sus acciones han sido estratégicamente inteligentes», dijo haciéndose eco de las críticas. «Yo creo que no ha sido una señal de fuerza, sino de las preocupaciones y sospechas de los países que rodean a Rusia, a los que, si acaso, ahora empujará lejos de su influencia».



JUAN CARLOS HIDALGO/ EFE

RAJOY DEFIENDE ANTE LAVROV LA UNIDAD DE UCRANIA

El presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, se reunió ayer en Madrid con el ministro ruso de Exteriores, Serguéi Lavrov, ante el que defendió la integridad territorial de Ucrania y abogó por una solución política de la crisis mediante el diálogo.

Kiev apacigua a los defensores del ruso

El nuevo presidente evita firmar una ley que degradaba el uso de un idioma que se habla en todo el país

■ R. M. MAÑUECO

SEBASTOPOL. No ha habido nada más aglutinador en Crimea y en el este de Ucrania contra las nuevas autoridades de Kiev que agitar el fantasma de que la lengua rusa pueda llegar a desaparecer de Ucrania. «Nos quieren prohibir hablar en ruso y no lo vamos a permitir», declaraba indignada Svetlana, una mujer joven que el pasado domingo acudió con sus dos hijas a un concierto, precedido de una misa, en una tribuna instalada en la plaza Najimov de Sebastopol. El acto se organizó bajo el lema 'el universo ruso'.

El presidente de Ucrania en funciones y jefe de la Rada (Parlamento), Alexándor Turchínov, se negó ayer a firmar la modificación aprobada por los diputados el pasado 23 de febrero a la ley de 3 de julio de 2012 que confería al ruso el carácter de lengua cooficial, junto con el ucraniano, en Crimea y en la parte oriental del país. Turchínov admitió el error cometido por la Cámara en su intento de reducir el rango del ruso como lengua de comunicación y ha instado a elaborar una nueva ley al respecto que evite colisiones y controversias.

El mes pasado, tras derogarse de facto la ley de 2012 y antes de que la población prorrusa se levantase contra el Gobierno de Kiev, el experto del Instituto Gorshenin de análisis político, Víctor Sokolov, ya alertó que «es una grave equivocación despojar al ruso de su estatus de lengua regional en Ucrania».

Es un gesto que denota determinada inmadurez política». Y Sokolov tenía razón porque la cuestión de idioma es muy sensible en Ucrania y el supuesto ataque dirigido contra el ruso está sirviendo a Moscú de factor movilizador de primer orden.

Puñetazos y abucheos

«Yo nací en Crimea, en 1944, y esto entonces era Rusia y todo el mundo aquí hablaba el ruso. Diez años después, Nikita Jrushiov decidió incorporar administrativamente

la península a Ucrania y nadie nos preguntó nada. Ahora quieren que hablemos el ucraniano y nos olvidemos de nuestra lengua materna», se lamenta Nadezhda, una pensionista que asiste con su marido al concierto en la plaza Najimov.

El depuesto presidente ucraniano, Víktor Yanukóvich, intentó sin éxito hace dos años que el ruso fuera cooficial con el ucraniano a nivel de todo el país, pero eso implica una enmienda constitucional que requiere la aprobación de por lo menos 300 diputados. Al no llegar a reunir esa cantidad de votos, Yanukóvich tuvo que conformarse con la cooficialidad del ruso solamente en las regiones con más de un 10% de rusoparlantes (Crimea y todas las situadas en la parte este). Aunque lo cierto es que, en la práctica, se habla ruso en todo el país, también en el oeste y, sobre todo, en Kiev.

Pese a ello, la aprobación, en julio de 2012, de aquella media medida no satisfizo a nadie. A los rusos les pareció poco y en el oeste del país hubo movilizaciones en contra con crisis política incluida. Los diputados de la formación ultranacionalista Svoboda (Libertad), cuyo líder, Oleg Tiagnibok, ha sido una de las caras visibles del Maidán, han provocado en más de una ocasión altercados a puñetazos en la Rada por abuchear e interrumpir a los parlamentarios que empleaban el ruso en sus alocuciones. Por eso, en Crimea la sola pronunciación del apellido Tiagnibok causa sarpullido.

El supuesto ataque dirigido contra esta lengua está sirviendo a Moscú de factor movilizador

vas de unos 40.000 metros cúbicos, que suponen 10.000 más que hace un año ya que el invierno está siendo más suave de lo esperado. «A medida que avanzamos hacia la primavera y el tiempo se hace más cálido, el peligro decrecerá», puntualizó.

No hay que olvidar que en torno al 30% del gas que la Unión importa del exterior procede de Rusia y, de ese porcentaje, la mayor parte llega a través de Ucrania, foco del conflicto y país que ya sufrió cortes de suministro en pleno invierno en 2006 y 2009, en sendos enfrentamientos

con Moscú. Ahora, de momento, parece que la calma impera. «Pese a la crisis, el gas está llegando a los mercados europeos desde Rusia», tranquilizó Oettinger.

El comisario lo tiene claro: la UE no debería interrumpir sus relaciones comerciales con Moscú porque las dos partes tienen mucho en juego. Y es que la economía será a la larga el factor esencial capaz de solventar el momento de más tensión desde la caída del Muro de Berlín en 1989. «Tenemos una dependencia mutua, necesitamos gas ruso pero

los rusos necesitan dinero de Europa para Gazprom o para el presupuesto nacional», justificó el comisario.

No obstante, matizó que Rusia y la UE cuentan con un mecanismo de alerta rápida cuando haya problemas de suministro y de momento, «no se han usado». También explicó que el objetivo es ir dependiendo cada vez menos de Moscú y para ello, se está recurriendo de forma creciente a proveedores alternativos como Noruega o Argelia, de donde procede la mayoría del gas que consume España a través de dos grandes gasoductos.

Los problemas de abastecimiento no se producirán en la UE, sino en la propia Ucrania. «Estamos muy preocupados», aseguró Oettinger. Por un lado, el país se enfrenta a una factura de 2.000 millones de dólares -1.456 millones de euros- que tendrá que hacer frente con la inevitable ayuda de los Veintiocho y de los Estados Unidos. Está previsto que hoy la Comisión apruebe un primer paquete de ayudas al Gobierno de Kiev. Además, se enfrentan a una inminente subida de los precios del gas, insostenible para las arcas públicas.